POBRECITO HABLADOR.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGUÍA,

N.° 7.°

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Noviembre de 1832.

Se hallará con los números anteriores en la librería de Escamilla, *calle de Carretas.*

COSTUMBRES.

EL CASARSE PRONTO Y MAL.

(ARTÍCULO DEL BACHILLER.)

Habrá observado el lector, si es que nos ha leido, que ni seguimos método, ni observamos órden, ni hacemos sino saltar de una materia en otra, como aquel que no entiende ninguna, cuándo en mala prosa, cuándo en versos duros, ya denunciando á la pública indignacion necios y viciosos, ya afectando conocimiento del mundo en aplicaciones generales frias é insípidas. Efectivamente, tal es nuestro plan, en parte hijo de nuestro conocimiento del público, en parte hijo de nuestra nulidad.

"No tienen mas defecto esos cuadernos, nos decia dias pasados un hombre pacato, que esa audacia incompren-

sible, ese atrevimiento cínico con que usted descarga su maza sobre las cosas mas sagradas. Yo soy hombre moderado, y no me gusta que se ofenda á nadie. Las sátiras han de ser generales, y esa malignidad no puede ser hija sino de una alma mas negra que la tinta con que escribe. — Déme usted un abrazo, esclamaba otro de esos que por no haberse purificado lo ven todo con ojos de indignacion; asi me gusta; esa energía nos sacará de nuestro letargo; duro en ellos. ¡Bribones! Solo una cosa me ha disgustado en sus números de usted; ese quinto número, en que ya empieza usted tambien á adular. — ¿Yo adular? ¿Es adular decir la verdad? — Cuando la verdad no es amarga es una adulacion manifiesta; corríjase usted de ese defecto, y nada de alabar, aunque sea una cosa buena, que ese no es el camino del bolsillo del público. — Economice usted los versos, me dice otro; pasó el siglo de la poesía y de las ilusiones; el público de las Batuecas no está ahora para versos. Prosa, prosa

mordaz, y nada mas. — ¡Qué buena idea, me dice otro, esa de las satirillas en tercetos! ¿Y seguirán? Es preciso resucitar el gusto á la poesía; al fin siempre gustan mas las cosas mientras mejor dichas estan. — Política, clama otro; nada de ciencias ni artes: en un pais tan instruido como este, venirnos con literaturas es llevar agua al mar. — Literatura, grita aquel; renazca nuestro siglo de oro; abogue usted siempre por el teatro, que ese es asunto de la mayor importancia. — Déjese usted de artículos de teatros, responde un comerciante. ¿Qué nos importa á los batuecos que anden rotos los poetas, y que se traduzca ó no? ¡Cambios, y bolsa, y vales, y créditos, y bienes N..., y empréstitos!..."

¡Dios mio! Dé usted gusto á toda esta gente, y escriba usted para todos. Escriba usted un artículo jovial y lleno de gracia y mordacidad contra los que mandan, en el mismo dia en que solo agradecimiento les puede uno profesar. Escriba usted un artículo misantrópico

cuando acaban de darle un empleo. ¿Hay cosa entonces que vaya mal? ¿Hay mandon que le parezca á uno injusto, ni cosa que no esté en su lugar, ni nacion mejor gobernada que aquella en que tiene uno un empleo? Escriba usted un artículo gratulatorio para agradar á los vencedores el dia en que se paró el carro de sus esperanzas, y en que echaron su memorial debajo de la mesa. ¿Hay anarquía como la de aquel pais en que está uno cesante? Apelamos á la conciencia de los que en tales casos se hayan hallado. Que den diez mil duros de sueldo á aquel frenético que me decia ayer que todas las cosas iban al revés, y que mi patriotismo me ponia en la precision de hablar claro. Verémosle clamar que ya se pusieron las cosas al derecho, y que ya da todo mas esperanzas. ¿Se mudó el corazon humano? ¿Se mudaron las cosas? ¿Ya no serán los hombres malos? ¿Ya será el mundo feliz? ¡Ilusiones! No señor; ni se mudarán las cosas, ni dejarán los hombres de ser tontos, ni el mundo

será feliz. Pero se mudó su sueldo, y nada hay mas justo que el que se mude su opinion.

Nosotros, que creemos que el interés del hombre suele tener por desgracia alguna influencia en su modo de ver las cosas; nosotros, en fin, que no creemos en hipocresías de patriotismo, le escusamos en alguna manera, y juzgamos que *opinion* es *moralmente* sinónimo de *situacion.* Asi que, respetando como respetamos á los que no participan de nuestro modo de pensar, daremos para agradar á todos en la carrera que hemos emprendido artículos de todas clases, sin otra sujecion que la de ponernos siempre de parte de lo que nos parezca verdad y razon, en prosa y verso, fútiles ó importantes, humildes ó audaces, alegres, y aun á veces tristes, segun la influencia del momento en que escribamos; y basta de exordio: vamos al artículo de hoy, que será de costumbres, por mas que confesemos tambien no tener para este género el buen

talento del *curioso parlante*, ni la chispa de Joui, ni el profundo conocimiento de Addisson.

Asi como tengo aquel sobrino de quien hablé en mi cuarto número, tenia otro tambien no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual habia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el Rosario, se leía la vida del Santo, se oía Misa todos los dias, se trabajaba los de labor, se paseaba solo las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, se cuidaba de que no anduviesen las niñas balconeando, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba papá, con la mano mas besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que la muchacha, ayududa de su cuyo, no hubiese nunca á las manos ningun libro de los prohibidos, ni

menos aquellas novelas que, como solia decir, á pretesto de inclinar á la virtud enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educacion fuese mejor ni peor que la del dia. Solo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena ó mala educacion no estrivaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresion doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fue necesaria mucha comunicacion con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el mas divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fue el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del *tuerto Pepe Botellas*, que tenia dos ojos muy hermosos, y nunca bebia vino, emigró á Francia.

Escusado es decir que adoptó mi

hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educacion tenia tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año Cristiano á Pigault Lebrun, y se dejó de Misas y devociones, sin saber mas ahora porque las dejaba, que antes porque las tenia. Dijo que el muchacho se habia de educar como convenia; que podria leer sin órden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y qué sé yo qué mas cosas decia de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustracion, añadiendo que la Religion era un convenio social en que solo los tontos entraban de buena fé, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que padre y madre eran cosa de brutos, y que á papá y mamá se les debia tratar de tú, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos so-

plamocos que darán siempre los primeros á los segundos). Verdades todas que respeto tanto ó mas que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupacion es la primera preocupacion de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fue superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse mas rienda de la que se le habia dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavia los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar, y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de como no habia Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenia el muchacho quince años, y ya

galleaba en las sociedades, y citaba y se metia en cuestiones, y era hablador y raciocinador, como todo muchacho bien educado: y fue el caso que oía hablar todos los dias de aventuras escandalosas, y de los amores de fulanito con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse. Por su desgracia acertó á gustar á una jóven, personita muy bien educada tambien, la cual es verdad que no sabia gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los dias, una novela sentimental con la mas desatinada aficion que en el mundo jamas se ha visto: tocaba su poco de piano, y cantaba su poco de ária de vez en cuando, porque tenia una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de pies y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la nueva Eloisa; y no hay mas que decir sino que á los cuatro dias se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta, y escurrian su

correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados; y por último, un su amigo, que debia de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia él y ella, que habian dado principio á sus amores porque no se dijese que vivian sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer despues á *pies juntillas*, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podria venir á parar aquella inocente aficion ya conocida, pusieron de su parte todos sus esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupacion y de sus luces, nunca habia podido desprenderse del todo de cierta aficion á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.ª que hay despreocupados por este estilo; y 2.ª que somos nobles; lo que equivale á decir que desde la mas remota antigüedad nuestros abuelos no

han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes, y esta es una de las razones porque estaba mi sobrinito destinado á morirse de hambre si no se le hacia meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nacion entera? Averiguóse, pues, que la niña no tenia un orígen tan preclaro, ni mas dote que su instruccion novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó tambien la parte contraria que el niño no tenia empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: "caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa? — Quiero á Elenita, respondió mi sobrino. — ¿Y con qué fin, caballerito? — Para casarme con ella. — Pero no tiene usted empleo ni carrera... — Eso es cuenta mia. — Sus padres de usted no consentirán... — Sí señor; usted no conoce á mis papás. — Perfectamente:

mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la quiere tanto, escuse por su mismo decoro sus visitas... — Entiendo. — Me alegro, caballerito;" y quedó nuestro Orlando hecho una estátua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos en suma que hubo prohibicion de salir y de asomarse al balcon, y de corresponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre alvedrío, y de la libertad de la hija para escojer marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenian de sus amores y de su felicidad, concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, y que en cuanto á comer, ni

eso hacia falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers; ni nunca les habian de faltar unas sopas de ajo.

Poco mas ó menos fue la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, tambien concluía de que los padres no deben tiranizar á los hijos; que los hijos no deben obedecer á los padres: insistia en que era independiente: que en cuanto á haberle criado y educado nada le debia, pues lo habia hecho por una obligacion imprescindible; y á lo del ser que le habia dado, menos, pues no se lo habia dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas utilísimas de este jaez.

Pero insistieron tambien los padres, y despues de haber intentado infructuosamente varios medios de seduccion y rapto, no dudó nuestro paladin, en vista de la obstinacion de las familias, en recurrir al medio en voga de sacar

á la niña por el Vicario: púsose el plan en ejecucion, y á los quince dias mi sobrino habia reñido ya decididamente con su madre; habia sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral, pero se entiende de esta especie de neutralidad que se usa en el dia, de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían mas cada dia, y se amaban mas cada noche. Por fin amaneció el dia feliz; otorgóse la demanda, un amigo prestó á mi sobrino algun dinero (1), uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes, y la niña no sabia mas que acariciar á su

(1) El Bachiller comete aqui un error crasísimo. Ignora que segun nuestras leyes uno de los obstáculos de esta clase de matrimonios es la distancia y diferencia de clases. ¡Plegue al cielo que esto no sea mas que una distraccion!

Medoro, cantarle una ária, ir al teatro y bailar una mazowrka, y Medoro no sabia mas que disputar. Ello sin embargo el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos. Mi sobrino salia de mañana á buscar dinero, cosa mas dificil de encontrar que lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con que dar de comer á su muger le detenia hasta la noche... Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posicion. Mientras que Augusto pasa el dia lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los zelos y la rabia. Todavia se quieren, pero *en casa donde no hay harina todo es mohina*; las mas inocentes espresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el mas seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardia; se suceden unos á otros los reproches, y el infeliz Augusto insulta á la muger

que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducia: á los contínuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh, si hubiera quedado aqui el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, nó le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros, que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos el velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos mas rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo, su noble orgullo insufrible altanería, su garrulidad di-

vertida y graciosa locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos estan ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son grandes y sus manos feas: ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideracion. Augusto no es á los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flecsible y condescendiente; es un holgazan, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, zeloso y soberbio, déspota, y no marido... En fin, ¡cuánto mas vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero, y les promete aun proteccion! ¡Qué movimiento en él! ¡Qué actividad! ¡Qué heroismo! ¡Qué amabilidad! ¡Qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡Qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡Qué asiduidad, y qué delicadeza en acompañarla los dias enteros que Augusto la deja sola! ¡Qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra!...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella muger, que si hubiera escojido un compañero que la hubiera podido sostener hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seduccion y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa; sus hijos estan solos. — ¿Y mi muger? ¿Y sus ropas? — Corre á casa de su amigo. — ¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policía, se informa. Una jóven de tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruage, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega; son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde

le es harto conocida y resuena en su corazon; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es un hombre; es un rayo que cae en la habitacion; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pístola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar en una altura de mas de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza mas completa: sale precipitado del teatro del crímen, y encerrándose antes de que le sorprendan en su habitacion, coje aceleradamente la pluma, y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

"Madre mia, dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su pa-

dre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes mas sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quiteis una religion consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quienes lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy de ellas con mi deshonra y mi crímen; harto cara pago mi falsa despreocupacion. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. A Dios para siempre."

Acabada esta carta se oyó otra detonacion que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que con el mas bello corazon se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodeaban.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, despues de haber leido aquella carta, y llamádome para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al mas funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

Hijo... despreocupacion... boda... Re-

ligion... infeliz... son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresion, que domina todavia en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos mas joviales, que para mejor ocasion le tengo reservados.

Réstanos ahora saber si este artículo conviene á este pais, y si el vulgo de lectores está en el caso de aprovecharse de esta triste anécdota. ¿Serán mas bien las ideas contrarias á las funestas consecuencias que de este fatal acontecimiento se deducen las que deben propalarse? No lo sabemos. Solo sabemos que muchos creen por desgracia que basta una ilustracion superficial, cuatro chanzas de sociedad y una educacion falsamente despreocupada para hacer feliz una nacion. Nosotros *declaramos* positivamente que nuestra intencion al pintar los funestos efectos de la poca solidez de la instruccion de los jóvenes del dia ha sido persuadir á todos los españoles que debemos tomar del estrangero lo bueno, y no lo malo,

lo que está al alcance de nuestras fuerzas y costumbres, y no lo que les es superior todavia. Religion verdadera, bien entendida, virtudes, energía, amor al órden, aplicacion á lo útil, y menos desprecio de muchas cualidades buenas que nos distinguen aun de otras naciones, son en el dia las cosas que mas nos pueden aprovechar. Hasta ahora una masa, que no es ciertamente la mas numerosa, quiere marchar á la par de las mas adelantadas de los paises mas civilizados; pero esta masa que marcha de esta manera no ha seguido los mismos pasos que sus maestros; sin robustez, sin aliento suficiente para poder seguir la marcha rápida de los paises civilizados, se detiene hijadeando, y se atrasa contínuamente; da de cuando en cuando una carrera para igualarse de nuevo, caminando á brincos como haria quien saltase con los pies travados, y semejante á un mal taquígrafo, que no pudiendo seguir la viva voz, deja en el papel inmensas lagunas, y no alcanza ni escribe nunca mas que la últi-

ma palabra. Esta masa, que se llama despreocupada en nuestro pais, no es pues mas que el eco, la última palabra de Francia no mas. Para esta clase hemos escrito nuestro artículo: hemos pintado los resultados de esta despreocupacion superficial de querer tomar simplemente los efectos sin acordarse de que es preciso empezar por las causas; de intentar, en fin, subir la escalera á tramos; subámosla tranquilos escalon por escalon si queremos llegar arriba.— ¡Que otros van á llegar antes! nos gritarán. — ¿Qué mucho? les responderemos, si tambien echaron á andar antes. Dejadlos que lleguen; nosotros llegaremos despues, pero llegaremos. Mas si nos rompemos en el salto la cabeza, ¿qué recurso nos quedará? Deje, pues, esta masa la loca pretension de ir á la par con quien tantas ventajas le lleva; empiécese por el principio: educacion, instruccion. Sobre estas grandes y sólidas bases se ha de levantar el edificio. Marche esa otra masa, esa inmensa mayoría que se sentó hace tres siglos;

deténgase para dirigirla la arrogante menoría, á quien engaña su corazon y sus grandes deseos, y entonces habrá alguna remota vislumbre de esperanza.

Entre tanto nuestra mision es bien peligrosa: los que pretenden marchar adelante, y la echan de ilustrados, nos llamarán acaso del *órden del apagador*, á que nos gloriamos de no pertenecer, y los contrarios no estarán tampoco muy satisfechos de nosotros. Estos son los inconvenientes que tiene que arrostrar quien piensa marchar igualmente distante de los dos estremos: alli está la razon, alli la verdad; pero alli el peligro. En fin, algun dia haremos nuestra profesion de fé: en el entre tanto quisiéramos que nos hubieran entendido. ¿Lo conseguiremos? Dios sea con nosotros; y si no lo lográsemos, prometemos escribir otro dia para todos.

El pobrecito hablador no admite ni da contestaciones.